

Juan Bautista Alberdi y la doctrina del capitalismo liberal en la Argentina

Jonathan C. Brown *

¿No es ya tiempo de que la historia de Sud América deje de consistir en la historia de sus guerras y de sus guerreros, como ha sucedido hasta aquí?!

Hacia mediados del siglo XIX, se hizo evidente que América Latina no estaba a la altura del potencial y de las esperanzas del movimiento independentista. Pocas ex-colonias ibéricas participaban de la paz y prosperidad de la era postnapoleónica en el mundo occidental. Por el contrario, muchas estaban envueltas en sangrientas luchas para lograr el control del poder político local y nacional, dilapidando recursos y sometiendo a la sociedad a un estado constante de agitación. Las excepciones más notables eran la América del Norte inglesa y el Brasil portugués.

Las provincias argentinas, una laxa confederación de entidades políticas que originalmente constituyeron el corazón del Virreynato del Río de la Plata, eran un buen ejemplo de la ambigüedad de la independencia. El comercio exterior y los ingresos de aduana habían permitido el ascenso sostenido del puerto de Buenos Aires entre 1810 y 1850. El comercio de productos primarios fomentó el desarrollo de la industria procesadora de productos de la ganadería en Buenos Aires y algunas provincias ribereñas. Los *saladeros*² producían carnes y cueros salados, grasa, sebo, y polvo de cuernos y huesos para la exportación. La explotación ganadera en grandes estancias había reemplazado a la cacería de ganado salvaje como base de la producción rural, y los terratenientes y trabajadores criollos empujaban la frontera cada vez más adentro del territorio indígena. Sin embargo, los liberales no podían estar satisfechos, especialmente con los resultados políticos y sociales de los primeros cuarenta años de independencia argentina.

Acosados por la agitación civil, los dirigentes argentinos oscilaban entre políticas proclives a la administración centralizada y aquellas sustentadas por

* Universidad de Texas, Austin.

1. Juan B. Alberdi, *La vida y los trabajos industriales de William Wheelwright en la América del Sud* (París, 1876), p. 4.
2. N. del T.: en castellano en el original.

las provincias del interior que preferían una federación descentralizada. Las guerras civiles entre facciones culminaron en separatismo. Paraguay, el Alto Perú y la Banda Oriental quedaron fuera de la República Argentina. El caos social y la rebelión de abajo aparecieron bajo la forma de gauchos vagabundos que formaban la tropa alistada por los distintos caudillos en disputa. Las depredaciones de estas *montoneras*³ rara vez podían distinguirse de las realizadas por las numerosas bandas de delincuentes que agobiaban a ganaderos y comerciantes. La dictadura de Juan Manuel de Rosas terminó con la inestabilidad, pero su control efectivo no se extendió más allá de los límites de la provincia de Buenos Aires, aunque sí su influencia. Para algunos, el orden de Rosas era una indeseable reencarnación de las restricciones y el autoritarismo hispánicos. Más aún, Rosas incentivó a las clases más bajas a que intimidaran a aquellos *porteños*⁴ encumbrados que pudieran cuestionar su poder. Mientras tanto, Europa Occidental y los Estados Unidos gozaban de una era de crecimiento comercial y material sin precedentes desde la revolución industrial, que no fue desconocida en América del Sur.

Debido a sus viajes por el exterior, los intelectuales latinoamericanos exiliados durante la era de Rosas sufrieron profundamente esta frustración. Las inestables naciones latinas de América perdían posiciones en relación a una próspera y culta civilización de Europa occidental a la cual se suponía que pertenecían. La mayoría de estos *pensadores*⁵ liberales establecían una conexión entre la revolución industrial en Gran Bretaña y los Estados Unidos y la estabilidad política de esas naciones, como si de algún modo ambos atributos se reforzaran mutuamente. Los intelectuales latinoamericanos consideraban que América Latina nunca podría entrar al mundo moderno si continuaba dominada por *caudillos*⁶ tradicionales como Rosas, José Gaspar Rodríguez de Francia en el Paraguay, y muchos otros en las provincias. Uno de estos pensadores exiliados fue Juan Bautista Alberdi, miembro prominente de la Generación de 1837. Alberdi decía que sus largos períodos de exilio y servicio en el exterior lo ayudaban verdaderamente a comprender los problemas de la Argentina con mayor claridad. Admitía que su autobiografía muy bien podría llamarse *La vida de un ausente, que no ha salido de su país*.⁷

Alberdi, que vivió entre 1810 y 1884, interpretó los problemas sudamericanos desde una perspectiva económica. Este rasgo lo diferenció claramente del resto de los escritores de su generación. Ya había pasado la "era heroica" de la gloria militar en la que hombres como San Martín y Bolívar forjaron la

3. N. del T.: en castellano en el original.

4. N. del T.: en castellano en el original.

5. N. del T.: en castellano en el original.

6. N. del T.: en castellano en el original.

7. Juan B. Alberdi, *Autobiografía: la evolución de su pensamiento* (Buenos Aires, s. f.), p. 40. Los otros *letrados* de esta generación y los liberales de los años 1860 compartieron también la mayoría de los detalles de los criterios económicos de Alberdi. Ver Tulio Halperín Donghi, *Proyecto y construcción de una nación* (Caracas, 1980), p. LXXIX.

independencia americana. Hacia mediados de siglo América del Sur se encontraba empobrecida y continuaba con la tradición beligerante, surcada habitualmente por luchas para lograr el control político, con consecuencias económicas desastrosas. "El resultado de esa dirección —escribía Alberdi— es la destrucción de los capitales que deben poblar (los países), enriquecerlos y darles verdadera grandeza".⁸ No importa quién invoque las altisonantes palabras de "libertad" y "gloria", la inestabilidad civil en América atenta, según Alberdi, contra la civilización. Se malgastaban el capital y los hombres. "Toda guerra, por justa y gloriosa que sea en sus motivos —decía Alberdi— es causa de empobrecimiento, por los grandes gastos improductivos que ocasiona, por la destrucción de fortunas y de hombres, que son su efecto y condición natural".⁹

Cuando cayó el régimen de Rosas en 1852, Alberdi propició el reemplazo de la era del exagerado heroísmo por una mayor preocupación por las condiciones materiales de la sociedad argentina. Los americanos no debían continuar imitando a Napoleón sino a George Washington, en tanto éste representaba la prosperidad, la organización y la paz para Alberdi.¹⁰ La paz y la organización constituirían el reaseguro para el enriquecimiento de la población americana y abolirían el obstáculo más grande para la libertad en América: la pobreza. En su texto para la Constitución Argentina de 1853, Alberdi diseñó la organización política que aseguraría el desarrollo económico. Oportunamente, la prosperidad económica fortalecería la estabilidad política, "la gran causa" de la libertad. El gran objetivo de la Constitución de 1853 fue no solamente aumentar la población de la Argentina sino contribuir simultáneamente al cambio de sus condiciones de vida.¹¹ Debía romperse el ciclo de la pobreza.

Exiliado de la Argentina por Rosas, Alberdi participó en el movimiento político romántico de la Asociación de Mayo con Esteban Echeverría y Domingo Faustino Sarmiento. Sus primeros escritos políticos y jurídicos tienen la impronta del pensamiento francés y alemán en auge en ese momento. Pero un viaje a Europa en 1842 puso en contacto a Alberdi con las obras de los economistas de la revolución industrial: Adam Smith, Jeremy Bentham, Jean-Baptist Say y John Stuart Mill.¹² Su pensamiento económico expresado en la

-
8. Juan B. Alberdi, "Estudios Económicos", en *Escritos Póstumos* (Buenos Aires, 1895), pp. 50, 92.
 9. Juan B. Alberdi, "Estudios...", p. 50. Ver también Juan B. Alberdi, *El crimen de la guerra* (Buenos Aires, 1895), pp. 226-228.
 10. Juan B. Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (Buenos Aires, 1914), p. 90.
 11. Juan B. Alberdi, *Bases...*, p. 230. Para más información sobre las ideas políticas de Alberdi, ver Héctor Ciapusco, *El pensamiento filosófico-político de Alberdi* (Buenos Aires, 1985); Natalio R. Botana, *La tradición republicana: Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo* (Buenos Aires, 1984).
 12. El análisis de los trabajos de Alberdi durante su período romántico, particularmente su pensamiento jurídico, se puede encontrar en Raúl A. Orgaz, *Alberdi y el historicismo* (Córdoba, 1937). Orgaz sugiere que Leminier y Jouffroy entre los franceses, y Herder y Kant entre los alemanes influenciaron a Alberdi. Para mayor información acerca de la influencia europea sobre las doctrinas económicas posteriores de Alberdi, ver Bernardo Canal-Feijóo,

Constitución de 1853 refleja estas influencias, especialmente la política económica de Adam Smith. La década de 1850 fue la de formación del pensamiento económico de Alberdi. Escribió las *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* en 1853 y *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853* un año después. Algunos extractos de estos trabajos iniciales y de escritos económicos posteriores aparecieron en París en 1856, en una edición de *Organización política y económica de la Confederación Argentina*. En ese momento, Alberdi servía como ministro en los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia para su líder político, Justo José de Urquiza. En 1876, la biografía que escribió sobre el hombre que trajo las máquinas a vapor a América del Sur apareció en París con el título *La vida y los trabajos industriales de William Wheelwright en la América del Sur*, y fue traducida al inglés el año siguiente en Boston. Los *Estudios Económicos* aparecieron como una colección póstuma de sus últimos escritos sobre la materia. A pesar de todos sus estudios sobre la Argentina, el arquitecto de la Constitución Argentina retornó a su país sólo una vez antes de morir en París en 1884.

La teoría económica de Alberdi

Si el mayor problema de América del Sur, la pobreza, era un problema económico, el remedio también debía ser económico. Por lo tanto, Alberdi se refería a traer la "civilización" a su gente en la forma de la prosperidad y hábitos de vida de Europa y los Estados Unidos. América Latina necesitaba riqueza. Alberdi se planteó educar a sus conciudadanos en los principios de la economía, tal como él la entendía. Aunque basadas en los principios del *laissez faire* y del libre cambio, sus explicaciones sistemáticas nunca fueron dogmáticas o ideológicas. Si se podía enseñar pragmáticamente la forma en que la riqueza se gestaba (por no mencionar el modo en que se destruía) entonces se contribuiría a civilizar a la Argentina criolla.

Rechazando la noción mercantilista de que el dinero crea riqueza y poder, Alberdi optó por la "producción" como el principal determinante de la riqueza. La producción requería tierra, capital y trabajo para utilizarlos en la agricultura, el comercio y la industria.¹³ El capital, incluyendo los ahorros y el crédito, gobernaba el progreso de la nación: destruir el capital era destruir la nación. Sin

Alberdi y la proyección sistemática del espíritu de Mayo (Buenos Aires, 1961). Canal-Feijóo hace referencia al impacto que tuvieron sobre Alberdi los trabajos de Pellegrino Rossi y Michel Chevallier. Sin perjuicio de ello, he notado que si bien Alberdi cita en sus escritos económicos a Smith, Say y Mills, no menciona a Rossi o Chevallier. Ver también Natalio R. Botana, *La tradición...*, pp. 238-240; Juan Pablo Oliver, *El verdadero Alberdi: génesis del liberalismo económico argentino* (Buenos Aires, 1987).

13. Juan B. Alberdi, *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853* (Buenos Aires, 1954), p. 2.

embargo, el aspecto social de la economía era el más importante, puesto que era el trabajo previo del hombre el que creaba el capital. *Laissez faire, laissez passer*. Alberdi adhería a la noción de que la “mano invisible” de Adam Smith automáticamente orientaba la actividad económica hacia patrones de crecimiento que beneficiaban a la sociedad en su conjunto. Alberdi se refería frecuentemente a lo que él llamaba “la ley natural de equilibrio que preside al fenómeno de la distribución de la riqueza y encierra en límites discretos y justos los actos que tienen relación con el fenómeno de los consumos públicos.”¹⁴

El principio del libre comercio aparecía como un corolario natural al que Alberdi atribuía mucho crédito como medio para atraer a América los capitales y la civilización de la Madre Europa. En efecto, creía tan firmemente en el principio económico del libre comercio que llegó a absolver a Gran Bretaña y Francia por su intervención naval en el Río de la Plata en 1845. Después de todo, las dos naciones europeas estaban peleando por el libre comercio contra las restricciones comerciales de Rosas.¹⁵

Alberdi adjudicaba un papel al gobierno en el desarrollo económico, porque no esperaba que el sector privado, sin restricciones políticas, lograra el crucial crecimiento económico. No obstante, hasta mediados del siglo XIX, los nuevos gobiernos latinoamericanos habían sido la verdadera Némesis de la creación de riqueza y de civilización. ¿Por qué? “El gobierno representa el consumo”, escribió Alberdi, “no la producción”. Los funcionarios de las naciones americanas, en su mayor parte, absorben todos los créditos y préstamos extranjeros con sólo mejorar sus salarios. Había demasiado gobierno.¹⁶ Alberdi militaba por la idea de que un gobierno rico no significaba una nación rica. Los préstamos externos sólo empobrecían al país, más aún si debían ser repagados con endeudamiento interno e impuestos forzados. “Se aumenta su deuda para aumentar su riqueza, y según esa economía, el mejor medio de enriquecer al país es empobrecerlo”.¹⁷

Adicionalmente, los gobiernos latinoamericanos, influenciados por su herencia colonial, entorpecían el desarrollo económico. Alberdi solía referirse a los numerosos obstáculos gestados por los funcionarios en toda América del Sur con los que tuvo que lidiar su heroico ingeniero William Wheelwright para establecer ferrocarriles y servicios telegráficos e incorporar buques a vapor. Sobre este tema, Alberdi decía:

“Aunque gobiernos libres por divisa y espíritu, se componían de hombres educados en el sistema colonial... La libertad estaba en sus deseos, pero el coloniaje en sus hábitos. No se entendían entre sí, respecto a su política

14. Juan B. Alberdi, *Sistema...*, p. 1.

15. Juan B. Alberdi, *Organización política y económica de la Confederación Argentina* (París, 1856), pp. 733-734.

16. Juan B. Alberdi, “Estudios...”, p. 79.

17. Juan B. Alberdi, *Sistema...*, p. 19.

comercial, no obstante la necesidad de su causa americana. Acabados de instalarse vivían ocupados en defender su propia existencia, disputada y amenazada y destruida a menudo por los suyos”.¹⁸

La debilidad inherente a las instituciones políticas hispanoamericanas, quizá, explique el recelo de Alberdi hacia el socialismo sansimoniano. En primer lugar, Alberdi no encontró una profunda diferencia entre los ricos y los pobres que, por ejemplo, pudiese justificar la intervención estatal en la economía como en Europa. El socialismo no era adecuado para América Latina, porque *todos* los americanos era pobres.¹⁹ Más aún, la actividad empresaria del gobierno era un mal sustituto de la iniciativa privada. “No hay peor agricultor, peor comerciante, peor fabricante que el gobierno —sostenía Alberdi— porque siendo estas cosas ajenas de la materia gubernamental, ni las atiende el gobierno, ni tiene tiempo, ni capitales, ni está organizado para atenderlas por la Constitución...”²⁰ —¡Eso es suficiente para el socialismo en América!

Condiciones para el desarrollo económico

Alberdi debía resolver el modo de llevar la riqueza y civilización de Europa y América del Norte a la Argentina, su país de origen. Le irritaba que América estuviese habitada por gente pobre con un suelo rico en tanto que Europa estaba habitada por gente rica con un suelo pobre.²¹ De los tres factores de la producción, la Argentina tenía abundancia de tierra, pero carecía de capital y trabajo. Por lo tanto, la región del Plata debía atraer inmigrantes a poblar el “desierto” y capacitar a la población a través de la educación para explotar su tierra. El capital vendría del exterior; no debía desincentivarse la ayuda externa en la forma de ingenieros y constructores. Si se explotase adecuadamente, la producción potencial de los recursos agropecuarios argentinos aseguraría a la nación un lugar en el mercado mundial y una parte de su prosperidad.

Ningún pensamiento de Juan B. Alberdi ha ganado tanta fama en la historia como su breve precepto “gobernar es poblar”. Sugería que la ley maltusiana de sobrepoblación no se aplicaba ciertamente a los desiertos de América.²² La inmigración debía convertirse en el agente activo para civilizar la Argentina. Alberdi nunca se cansó de señalar que la tierra, que siempre facilitó una adecuada subsistencia a gauchos e indios en la forma de caza y ganado, no construía una sociedad rica. La tierra fértil sólo gestaba hombres desganados y perezosos. El componente social de la riqueza era crítico, pero se lo pasaba por alto habitual-

18. Juan B. Alberdi, *La vida...*, p. 81.

19. Juan B. Alberdi, “Sistema económico y rentístico...”, en *Obras Completas* (Buenos Aires, 1886), vol. IV, p. 254.

20. Juan B. Alberdi, “Sistema económico...”, p. 272.

21. Juan B. Alberdi, “Estudios...”, p. 1.

22. Juan B. Alberdi, *Bases...*, p. 233.

mente. "Todos hablan de las grandes aptitudes productoras del suelo: nadie habla de las aptitudes productoras de la sociedad de Sudamérica..."²³

Como los argentinos no estaban preparados para producir riquezas, las aptitudes productivas debían venir de Europa, que ya era el origen de la cultura, la ciencia, la legislación, la religión, el lenguaje y la población de la Argentina. Ahora, debía asegurar la prosperidad futura del país.²⁴

Alberdi esperaba de Europa una inmigración de trabajadores acostumbrados a la frugalidad y al ahorro con hábitos de trabajo inteligentes que, además, les enseñarían sus costumbres industriales a los trabajadores argentinos. Alberdi escribía:

"Cada europeo que viene a nuestras playas nos trae más civilizaciones en sus hábitos, que luego comunica a nuestros habitantes, que muchos libros de filosofía. Se comprende mal la perfección que no se ve, toca ni palpa. Un hombre laborioso es el catecismo más edificante."²⁵

Alberdi anticipó totalmente que los inmigrantes forjarían mejores ciudadanos en América. Los europeos eran capaces, a diferencia de los naturales, de asegurar la libertad que los americanos necesitaban para gobernarse por sí mismos. De modo que, gobernar la nación en libertad suponía poblarla con inmigrantes capaces.

En suma, la población era al mismo tiempo el objetivo de la producción de riqueza y el método de producirla. "En este sentido —decía Alberdi— la ciencia económica... pudiera resumirse entera en la ciencia de la población; por lo menos ella constituye su principio y su fin".²⁶

Alberdi asociaba a la educación con su concepto de refinamiento del componente social de la nación —¡no cualquier educación!—. Por ejemplo, ridiculizaba a la sociedad colonial española por producir cientos de abogados, que sabían hacer cientos de libros pero no cómo brindarle a América lo que necesitaba; caminos, puentes, ferrocarriles, minería y navegación fluvial.²⁷ Sus héroes no eran escritores, letrados o intelectuales ni, tampoco y en especial, soldados. En materia histórica, Alberdi admiraba a un descubridor como Vasco De Gama, un inventor como Gutenberg, o Fulton y a ingenieros como De Lesseps.²⁸ La sociedad creaba esas profesiones con escuelas que acentuaban las artes industriales, el entrenamiento técnico y las ciencias exactas antes que el latín y las leyes. Específicamente, América necesitaba instituciones de instrucción en los métodos prácticos para trabajar la tierra, mejorar la selección del ganado, y promover el uso de máquinas. Qué han estado haciendo nuestros institutos y

23. Juan B. Alberdi, "Estudios...", p. 85.

24. Juan B. Alberdi, *Bases...*, pp. 63-72.

25. Juan B. Alberdi, *Bases...*, p. 73.

26. Juan B. Alberdi, *Bases...*, p. 233.

27. Juan B. Alberdi, *Bases...*, p. 237.

28. Juan B. Alberdi, *El crimen...*, p. 194.

universidades, se preguntaba Alberdi, sino manufacturar charlatanes con título, ociosos, demagogos y presuntuosos.²⁹ “El tipo de nuestro hombre sudamericano debe ser el hombre formado para vencer al grande y agobiante enemigo de nuestro progreso: el desierto, el atraso material, la naturaleza bruta y primitiva de nuestro continente”.³⁰

Lo que Alberdi proponía —y no era de los que lo esconden detrás de una retórica oscurantista— era “inglesar” a la raza latina en América. Admiraba a los anglosajones de Inglaterra y los Estados Unidos y los identificaba con el motor a vapor, el comercio y la libertad. Como raza del progreso y de la civilización, los anglosajones podrían ayudar a civilizar a América del Sur.³¹ Es casi seguro que Alberdi haya escrito la biografía del ingeniero y empresario William Wheelwright con este objetivo en mente. Como solía decir:

“Estudiar a los hombres de su estirpe, imitarlos, reproducirlos, es el camino para introducir y aclimatar la sociedad de Norteamérica en América del Sur o, en otras palabras, la libertad y el progreso de los anglosajones en beneficio de la raza latina. Es el mejor medio de educar y transformar a América del Sur.”³²

Cursos de inglés obligatorio, “lenguaje de la libertad, de la industria y del orden”,³³ ayudarían a inculcar esas cualidades en la juventud sudamericana.

Alberdi también veía en el exterior la fuente de provisión del segundo gran requerimiento para la civilización: el capital. Era evidente que los austeros inmigrantes incrementarían las fuentes internas de capital a partir de sus ahorros, pero los préstamos y el comercio serían los medios predominantes de civilización.³⁴ Más aún, el capital no era el dinero que pasa de mano en mano, sino que, en su concepción, estaba constituido por buques a vapor, puertos, ferrocarriles, canales, puentes, pozos y fábricas. Por lo tanto, una nación debe proteger siempre su crédito nacional para atraer al capital extranjero, ese heroico agente llamado a civilizar el desierto. “El crédito es la disponibilidad del capital —decía Alberdi— y el capital es la varilla mágica que debe darnos población, caminos, canales, industria, y libertad”. Por lo tanto, todas las leyes en contra del crédito privado eran actos de “lesa América”.³⁵

Como asunto de economía política pragmática, Alberdi invitaría a los empresarios extranjeros y a su capital a América del Sur. Su biografía de Wheelwright sugiere que el extranjero podría hacer más para servir a la nación que el más devoto patriota. Elogió a Wheelwright a lo largo de todo el libro por

29. Juan B. Alberdi, “Sistema económico...”, p. 23; *Bases...*, p. 58.

30. Juan B. Alberdi, *Bases...*, pp. 58-60.

31. Juan B. Alberdi, *Bases...*, p. 230.

32. Juan B. Alberdi, *The life and industrial labors of William Wheelwright in South America* (Boston, 1877), vol. 1, p. 146.

33. Juan B. Alberdi, *Bases...*, p. 59.

34. Juan B. Alberdi, “Sistema...”, p. 25.

35. Juan B. Alberdi, *Bases...*, pp. 96-97; “Sistema...”, p. 262.

cionar. El general Urquiza le solicitó a Alberdi, en 1852, que redactara el borrador de una nueva constitución para la Confederación Argentina. Dada su visión smithiana sobre la santidad de la propiedad privada y su rechazo al desarrollo basado en el gobierno, Alberdi tenía ahora que diseñar la organización política de la economía y el papel del estado. Su Constitución de 1853 buscaba proteger el libre juego de las fuerzas económicas de las restricciones del estado.

El preámbulo de la Constitución, obviamente apelando a la inmigración, prometía los beneficios de la libertad a todos los hombres del mundo que fueran a vivir sobre suelo argentino. Si las necesidades mayores del país eran el capital y el trabajo, razonaba Alberdi, la nueva organización política debería bregar por la libertad individual, la igualdad ante la ley, la seguridad personal, una instrucción adecuada y el derecho a adquirir y disponer de la propiedad.⁴⁰ El estado debía ser pasivo en el desarrollo económico pero activo en la protección de las bases privadas del crecimiento económico.

Los derechos individuales estaban muy protegidos en la Constitución de 1853. Para Alberdi, el motor primario del crecimiento económico era el hombre. No sólo era el hombre la base del trabajo sino que la acumulación de capital, producto del trabajo previo, era imposible sin él. La tierra era improductiva si faltaba el hombre o el capital. Por lo tanto, pensaba Alberdi, la organización política debía extender la protección a las actividades económicas de todos los hombres en la Argentina —y aun ampliar sus privilegios—. No debía restringirse el movimiento de personas y bienes dentro de las fronteras. El domicilio privado debía ser inviolable y la libertad para realizar negocios debía ser completa. A raíz de que los extranjeros e inmigrantes aparecían en forma exagerada en los planes de Alberdi, su Constitución intentó simplificar su *status* en el país: garantizaba a los extranjeros todos los derechos de la ciudadanía, libertad de culto y de casamiento, facilitaba los requisitos para adquirir vivienda, y les acordaba derechos legales de contratación y propiedad. De modo similar, los ciudadanos y los extranjeros disfrutaban de los derechos de libre navegación de los ríos, realizar transacciones en cualquier lugar, entrar y salir del país libremente, publicar sus ideas sin censura previa, y retirar dinero y bienes del país.⁴¹ Aunque políticos por naturaleza, Alberdi les asignaba trascendencia económica a estos derechos. Escribió:

“No hay seguridad ni confianza en las promesas de un comerciante cuya persona puede ser acometida a cada instante y sepultada en prisión o desterrada”. “No puede haber tráfico ni comercio donde los caminos abundan de acechanzas contra los comerciantes”. “Es imposible concebir producción rural, agrícola ni minera donde los hombres pueden ser arrebatados a sus trabajos para formar las filas del ejército.”⁴²

40. Juan B. Alberdi, “Sistema económico...”, pp. 9, 12.

41. Juan B. Alberdi, “Sistema económico...”, pp. 13, 20-21; *Bases...* pp. 75-77, 95-96.

42. Juan B. Alberdi, “Sistema económico...”, p. 21.

Con su nueva Constitución Alberdi abrigaba el sueño de una República Argentina integrada en la cual el libre comercio extendiera los beneficios de la prosperidad económica a las provincias del interior. Una de sus principales objeciones al régimen de Rosas se refería a las restricciones a la libre navegabilidad del río Paraná y sus tributarios. El comercio fluvial, que podría haber unificado a la nación en materia de desarrollo económico, fue sacrificado por el ridículo monopolio del comercio exterior del puerto de Buenos Aires. Para Alberdi, el monopolio era otra manifestación de la mentalidad colonial, de odio a los extranjeros y de su exclusión de la nación.⁴³ Censuró las luchas internas y la separación de la Banda Oriental y del Paraguay durante la accidentada evolución de Buenos Aires y las provincias. La Constitución de 1853 eliminó los derechos de aduanas internas y facultó al gobierno a firmar tratados con otras naciones permitiendo la libre navegación de los ríos. Para convencer a los constituyentes sobre estos principios les dijo: "Si queréis que el comercio pueble nuestros desiertos, no matéis el tráfico con las aduanas interiores."⁴⁴

Alberdi, el exiliado y viajero del mundo, previó la adopción generalizada de otro modo de integración económica nacional —el ferrocarril—. Creía que el ferrocarril vencería el obstáculo que imponían las dilatadas distancias de la Argentina a la integración económica y política, proveyendo facilidades para comerciar y realizar negocios con el interior. Alberdi llegó a pensar que la Argentina se convertiría naturalmente en un centro comercial mundial. El sueño de Wheelwright de derribar las barreras de la tierra y las montañas con un ferrocarril inter-oceánico entre Santiago de Chile y Buenos Aires agitaba la imaginación de Alberdi. Escribió:

"Así Wheelwright quería llevar la locomotiva de civilización no sólo a Córdoba, sino al país del Chaco y de Quiroga, traer los minerales de Famatina a las puertas del Plata, pasar sus locomotivas de fierro por encima de esos Andes que San Martín cruzó con piezas de artillería ligera, dar a las Provincias argentinas de occidente como suyos los puertos y los mercados del Pacífico, hacer del suelo argentino el camino real del intercurso entre el Asia y la Europa, unir a Chile con la República Argentina por vínculos de oro, más durables que todos los lazos de la diplomacia."⁴⁵

Para la construcción de estos ferrocarriles, sin embargo, la participación del gobierno sería crucial. Alberdi recomendó que el estado pusiera en orden el crédito nacional con el fin de atraer el capital privado necesario para expandir la red ferroviaria argentina.⁴⁶

43. Ver Juan B. Alberdi, "Examen del gobierno que establece la Constitución Argentina" en *Organización política...*, pp. 717-736.

44. Juan B. Alberdi, *Bases...*, pp. 87-88.

45. Juan B. Alberdi, *La vida...*, pp. 216-217.

46. Juan B. Alberdi, *Bases...*, pp. 84-85.

Si bien el redactor de la Constitución de 1853 puede ser visto como un visionario, él comprendió perfectamente las limitaciones inherentes a sus escritos por las condiciones vigentes en América del Sur en el siglo XIX. “La libertad declarada —advertía— no es la libertad puesta en obra.”⁴⁷ Alberdi admitía que su apreciado documento no era más que una declaración de principios de organización política, no la organización real. Existían ciertas amenazas a sus garantías constitucionales. Primero, y tal como el propio Alberdi lo puso de manifiesto, las libertades incluidas en la Constitución desafiaban tres siglos de costumbres españolas en el Río de la Plata. Segundo, la Constitución nunca podría llegar a ser lo suficientemente explícita como para evitar violaciones a su letra. Alberdi no olvidó ni por un momento las leyes de monopolio español promulgadas en contra de la industria y los aborrecidos judíos y árabes. Estos resabios de venganza, decía Alberdi, dejan en nuestros corazones “preocupaciones que nos hacen mirar de mal ojo lo que precisamente debe servir para sacarnos de la oscuridad y de la pobreza.”⁴⁸

Estas prácticas monopólicas eran exactamente las tendencias que Alberdi temía de los legisladores o de los funcionarios para subvertir las garantías de la libertad económica. Por ejemplo, a pesar de los derechos constitucionales de libre comercio y libre cambio, el estado podía legalmente imponer una serie de “leyes orgánicas” (derechos de puerto, regulaciones de transporte, o derechos de manipulación) que tenían el mismo carácter prohibitivo que los derechos de importación.⁴⁹ Alberdi advertía que la Constitución podía proteger la propiedad privada, pero también que el legislador podía limitar severamente los derechos de propiedad con legislación reguladora. Por lo tanto, él intentó proscribir en su Constitución cualquier derecho del gobierno a disponer o limitar la propiedad privada.⁵⁰

Conclusiones

En una visión retrospectiva, es difícil no asignar un cierto sentido profético a Alberdi y a su generación de liberales. Percibió, por ejemplo, la importancia del comercio exterior para la expansión económica argentina, y anticipó la ampliación de los ferrocarriles a través de la pampa hasta las provincias del interior. Sus conceptos acerca de la iniciativa privada y la aceptación del capital extranjero continuaron en los primeros planos de la vida política y económica argentina hasta la década de 1930. El gobierno intervino ocasionalmente en los asuntos económicos, especialmente en tiempos de caída de precios mundiales de los productos argentinos. El desarrollo económico en la Argentina se basó fundamentalmente en la acción privada de los ganaderos, empresarios, e

47. Juan B. Alberdi, “Sistema económico...”, p. 184.

48. Juan B. Alberdi, *Obras...*, vol. IV, p. 270.

49. Juan B. Alberdi, *Bases...*, pp. 92-94.

50. Juan B. Alberdi, *Obras...*, vol. IV, pp. 188, 192.

importadores y exportadores. Más aún, la Argentina parece haber seguido el consejo de Alberdi de producir bienes agrícolas y ganaderos para ser intercambiados por manufacturas europeas, como lo ponen de manifiesto tanto el *boom* del trigo como el de la carne enfriada de fines de siglo XIX y principios del XX. Por último, el sueño argentino de convertir el país en hogar de inmigrantes europeos buscando explotar la tierra virgen también parece haberse convertido en realidad.

No obstante, antes de que le atribuyamos a Juan Bautista Alberdi los misteriosos poderes de un adivino, es necesario que agreguemos que estas tendencias habían comenzado antes de mediados del siglo XIX en la región del Río de la Plata. Los barcos extranjeros habían incrementado su servicio en el estuario, los productos de la ganadería eran intercambiados por productos industriales británicos y europeos, los comerciantes extranjeros y su capital habían arribado a Buenos Aires poco después de la independencia y prosperaron. Inmigrantes ingleses, escoceses e irlandeses que arribaron durante las décadas de 1820 y 1830 constituyeron la primera oleada de inmigrantes extranjeros en establecerse en Buenos Aires y en las fronteras en expansión. Todas estas tendencias comenzaron antes de que fuese promulgada la Constitución de 1853.⁵¹

De cualquier modo, esto no disminuye la intuición y presciencia del pensamiento económico de Alberdi. Sin duda, sus esfuerzos por brindar una base más amplia de organización política y económica a este desarrollo económico naciente y, más importante aún, su deseo de ampliar los efectos de la prosperidad al interior así como a la región del litoral sólo agrega más brillo a sus agudas observaciones sobre las tendencias económicas de la Argentina. Es precisamente este último punto, la extensión de la prosperidad económica hacia el interior, la que han eludido los economistas herederos de la función de

51. Ver Jonathan C. Brown, *A Socioeconomic History of Argentina: 1776-1860* (Cambridge, 1979); Jorge Luis Ossoina, "La evolución de las economías regionales en el siglo XIX", en Mario Rapoport (comp.), *Economía e Historia: contribuciones a la historia económica argentina* (Buenos Aires, 1988), pp. 7-64; Tulio Halperín Donghi, "La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)", en *Desarrollo Económico*, 3, 1-2 (Buenos Aires, 1963); Jonathan C. Brown, "Dynamics and Autonomy of a Traditional Marketing System: Buenos Aires, 1810-1860" en *Hispanic American Historical Review*, 56, 4 (Noviembre 1976), pp. 605-629; Miron Burgin, *The Economic Aspects of Argentine Federalism, 1820-1852* (Cambridge, 1945), pp. 14-15; Vera Blinn Reber, *British Mercantile Houses in Buenos Aires, 1810-1880* (Cambridge, 1979), pp. 16-19; Clifton B. Kroeber, *Growth of the Shipping Industry in the Rio de la Plata Region, 1794-1860* (Madison, 1957), pp. 73, 127; Ricardo D. Salvatore, "Class Struggle and International Trade: Rio de la Plata's Commerce and the Atlantic Proletariat, 1790-1850", tesis doctoral, Universidad de Texas, 1987; Woodbine Parish, *Buenos Ayres and the Rio de La Plata: Their Present State, Trade, and Debt* (Londres, 1839), p. 256; Andrés Carretero, *Orígenes de la dependencia económica argentina* (Buenos Aires, 1974), pp. 131-132; Horacio Juan Cuccorese y José Panettieri, *Argentina, manual de historia económica y social, vol. I, Argentina Criolla* (Buenos Aires, 1971), p. 384; Juan Carlos Nicolau, *Antecedentes para la historia de la industria argentina* (Buenos Aires, 1968), pp. 38-39.

Alberdi. Dado el abrumador predominio de Buenos Aires en la vida económica de la Argentina actual, los bien intencionados objetivos de Alberdi no se han materializado aún. Por otro lado, Alberdi no pudo prever cómo un país agroexportador como la Argentina podía también industrializarse, como ocurrió en las décadas posteriores a la Gran Depresión. Más aún, tal como lo apunta Tulio Halperín Donghi, la distribución de la riqueza no era una de las preocupaciones de Alberdi. El se interesó solamente en la creación de los beneficios materiales.⁵² Por esta razón, los liberales del siglo XIX han sido criticados por generaciones posteriores de peronistas o de estructuralistas argentinos. Quizás el renacimiento liberal de hoy pueda ser juzgado en un futuro de acuerdo con su objetivo —o la falta de éste— de una distribución equitativa del ingreso.

Traducción del inglés:
Raúl H. Buonuome

52. Tulio Halperín Donghi, *Proyecto...*, p. XXXII.